

editorial

Lo afirmamos en el número anterior y lo repetimos en éste: América Latina ha vivido una larga historia de colonialismo económico y cultural, impuesto desde afuera y sostenido con la complicidad de las oligarquías nacionales cuyo poder se mantiene con la violencia, la represión y la dictadura, y cuyo precio es la explotación y miseria de las grandes mayorías de nuestros pueblos.

También señalamos que nuestro continente no permanece inmóvil: desde el pasado hasta nuestros días se estremece con las luchas populares en las que las mujeres han participado activamente como campesinas, obreras, amas de casa, estudiantes, maestras, empleadas, colonas, militantes de organizaciones políticas, feministas y, sobre todo, como esposas y madres.

En México las mujeres dan testimonio de su participación en las luchas sindicales, como campesinas compañeras de sus hombres, como madres de presos políticos y como militantes en el sentido más amplio de la palabra. En Guatemala es notable la participación de la mujer indígena en la guerrilla contra la dictadura, mientras que en El Salvador el movimiento popular cuenta con gran número de cuadros femeninos que participan en todas las instancias de la batalla, y sufren la represión de modo particularmente violento. En Panamá las mujeres han estado presentes en las movilizaciones por el Canal, hasta hace poco la principal reivindicación nacional contra el imperialismo. En Honduras las mujeres se empiezan a integrar en grupos feministas y hay una tradición de participación a través de la Iglesia.

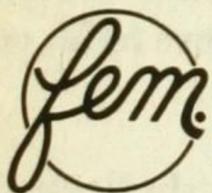
Centroamérica vive un momento particularmente violento que habrá de tener repercusión en el futuro del continente. Nicaragua merece dentro de este panorama una atención especial por el proceso revolucionario que está viviendo. Las mujeres participaron en la guerra contra Somoza, y en la Reconstrucción Nacional ocupan puestos destacados.

En los países del Caribe la situación es muy desigual en cuanto a la participación de la mujer. La mujer cubana tiene que dar respuesta a una estrategia que busca integrarla a la educación, a la producción y a la vida política, contando para ello con apoyo gubernamental que alivia en parte su carga de trabajo doméstico. En cambio la mujer haitiana vive una realidad de represión y miseria de las más agudas del mundo. La mujer en Puerto Rico se ha integrado a las luchas por la independencia del imperialismo; las mujeres en Santo Domingo han emprendido la organización de grupos de estudio y trabajo sobre la condición de la mujer; en las Antillas la situación colonial no ha permitido ningún tipo de organización y, de manera específica, ha forzado a las mujeres a la esterilización y a la migración.

En Venezuela las mujeres son activas en el feminismo y en la lucha que, por la fachada democrática del país y su riqueza petrolera, es más difusa. En las organizaciones clandestinas colombianas no están ausentes las mujeres, como lo demuestra el elevado número de presas políticas.

Es necesario hacer mención aquí de otras mujeres de las que no tenemos testimonio, entre ellas, las chicanas y las indocumentadas. Unas, organizadas en contra de la sociedad que las discrimina y excluye, otras, abandonadas a la arbitrariedad de la policía fronteriza que responde a los designios del gobierno de los Estados Unidos.

Este número de *fem.* cierra el panorama de la mujer en lucha en América Latina. Tiene lagunas que por razones ajenas a nuestra voluntad fue imposible cubrir. Quisimos contribuir a la difusión de este tema en nuestro continente tan vasto, tan desinformado, tan ajeno. Lo dijimos ya: los pueblos de América Latina están reprimidos pero no aplastados y las mujeres están de pie, integradas a la lucha por la liberación de los pueblos y por la liberación de las mujeres.



se solidariza con el futuro revolucionario de nuestros países y con la lucha de las mujeres dentro de esa lucha.